

vieja tradición sindicalista frente a una tradición de vocación fascista en la burguesía chilena. Las contradicciones propiciadas por estas dos situaciones propiciaron un mundo muy vital que en términos de lucha de clases podríamos calificar como específicamente activo. Para nosotros era importante contar este planteamiento y para eso había que recurrir a un montaje de concatenación: explicar los sucesos de Iquique en función de toda una tradición histórica. Había que ofrecerle datos al espectador para que pueda comprender los acontecimientos del presente. De esta forma, me parece evidente que se desprende de la película la necesidad de que el pueblo chileno encuentre



Humberto Solas.

una vía de lucha más lúcida, agotada ya también la vía parlamentaria, camino vedado para Chile. Si esta nación quiere encontrar una liberación económica y nacional, es obvio que sólo podrá lograrlo en términos de lucha armada: esto podrá ocurrir dentro de veinte años, de treinta o de cuarenta, pero es su única posibilidad. En Latinoamérica no hay posibilidades de desarrollar vías similares a las europeas: no hay condiciones objetivas ni subjetivas para ello. Podremos engañarnos durante años, pero finalmente habrá que encontrarse con la única realidad posible para el continente y su liberación definitiva.

"Cantata de Chile" se conjuga así como una película que rompe los moldes de un cine militante muchas veces envanecido de sí mismo para abrir las puertas no a la experimentación —porque ya hay logros—, sino a la renovación, a la ruptura. Una lección que hay que tener en cuenta. ■

La edad instantánea

ESTABA yo viendo la televisión tranquilamente, ahora que ya no mantengo relaciones sexuales con el aparato, cuando se me apareció la Virgen de Lourdes. Era la semana santa pasada y al principio no podía dar crédito a lo que veían mis ojos y escuchaban mis oídos. Dejé transcurrir un tiempo prudencial en cura de cualquier pasajera alucinación, con la secreta esperanza de que se tratara de un milagro interruptus debido a la pésima calidad del whisky de fabricación casera que, de todas las maneras, es necesario ingerir para echarle valor y distancia-

miento al viacrucis electrónico, pero el vaso estaba intacto y el discurso mariano del palcolor iba in crescendo.

Educado en el más estricto volterianismo de tradición norteña, limitando al sur con los barbudos de la Institución Libre de Enseñanza y por arriba con el Imperio racionalista de su británica majestad, siempre pensé los milagros como interferencias propiamente dichas: meros interruptores de la sindéresis general debidos a pasajeras e intransferibles perturbaciones del lenguaje de los niños, las doncellas, los pastores, los célibes y otros seres simples, tradicionalmente expuestos a este tipo de patologías infantiloides. Pero aquello de la otra semana no era una interferencia televisiva, sino un programa titulado Primera página, vale decir, un reportaje de proclamada seriedad periodística emitido con todas las bendiciones a través de un medio de comunicación de titularidad estatal. O sea: jurídicamente un milagro. Y por dos razones simples y contundentes: porque no puedo creer que RTVE incumpla tan escandalosamente el texto constitucional en materia de neutralidad religiosa ("Ninguna religión tendrá carácter estatal", 16-3), y porque me resulta inimaginable, por no decir aberrante, que los profesionales de Prado del Rey utilicen alegremente un género informativo que siempre ha de estar basado en hechos probados, mundos, contantes y lirondos para referir fantasías ilegales.

Por eso digo que aquello no era una interferencia, sino un milagro electrónico. El locutor me contaba que allí se le había aparecido la Señora a la señorita Bernardette, que ambas mantuvieron un interesante e intenso diálogo y que la Madre de Dios le transmitió a la vidente un preciso mensaje de la Divinidad a la Humanidad. Y el tipo nos decía estas insensateces con el tono de

las verdades de razón, con el lenguaje de los juicios analíticos, con los fonemas de la verificación neopositivista, con la desfachatez inconfundible del estilo de la certidumbre, con la morfología del siempre estremecedor discurso de la verdad: como si estuviera narrando los avatares administrativos de un Consejo de Ministros o del Sporting-Madrid. El reportaje iba en serio

y yo con aquellos pe- los racionalistas, recitando a modo de conjuro la máxima de Hume que me había inculcado mi abuelo, el ateo y el republicano, desde mi más tierna infancia, que reza: "Ningún testimonio es su-

ficiente para establecer un milagro, a menos que el testimonio sea de tal especie que su falsedad sería más milagrosa que el hecho que trata de establecer".

Pero todo fue inútil: el medio estatal insistió en lo de Lourdes, y por si la aparición no estaba del todo clara, acto seguido emitió otro similar reportaje sobre la llamada Sábana Santa, con hilos analizados por la NASA y señales interpretadas por jesuitas científicos, con el fin de demostrar empíricamente (sic) la resurrección de Jesús de Nazaret.

Dos milagros en apenas una hora de comunicación estatal es record informativo que no creo que supere ninguna televisión de un país democrático y que no tengo más remedio que explicar, a beneficio del ya gilipollesco coyunturalismo electorero que se traen los partidos de izquierdas para conseguir los votos y el "imprimatur" de los católicos. Ahí están los resultados: otros cuatro años y un día de ucedismo y un par de milagros semanales por la "tele", para que las supersticiones que habían combatido nuestros abuelos no decaigan.

Justifican estas aberrantes concesiones a la mirada fanática diciendo que no hay que lastimar las susceptibilidades del prójimo creyente. Pero no les preocupa lo más mínimo herir las racionalidades de ese otro prójimo que se niega a comulgar con tales falacias. Hablan de sociología a propósito de las religiones místicas como si la racionalidad fuera una vergonzante excepción psicológica. Siempre había querido ser como mi abuelo, pero según me advierten los partidos de izquierdas, lo de republicano no puede ser por razón de Estado. Lo de ateo, ya se sabe, por causa del lamentable estado en el que se encuentra la Razón gracias a la coña marinera del coyunturalismo ese. ■

ESTADO DE MILAGRO

JUAN CUETO ALAS